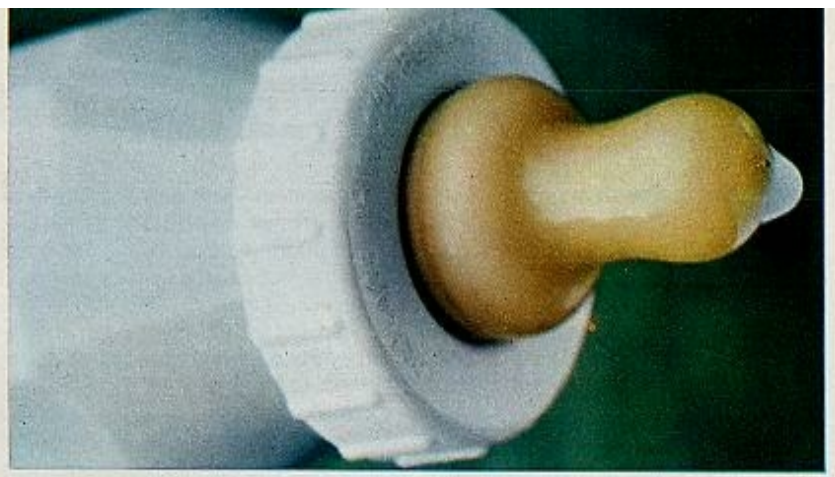


EL MUNDO A TRAVÉS DE LOS OJOS DE UN NIÑO

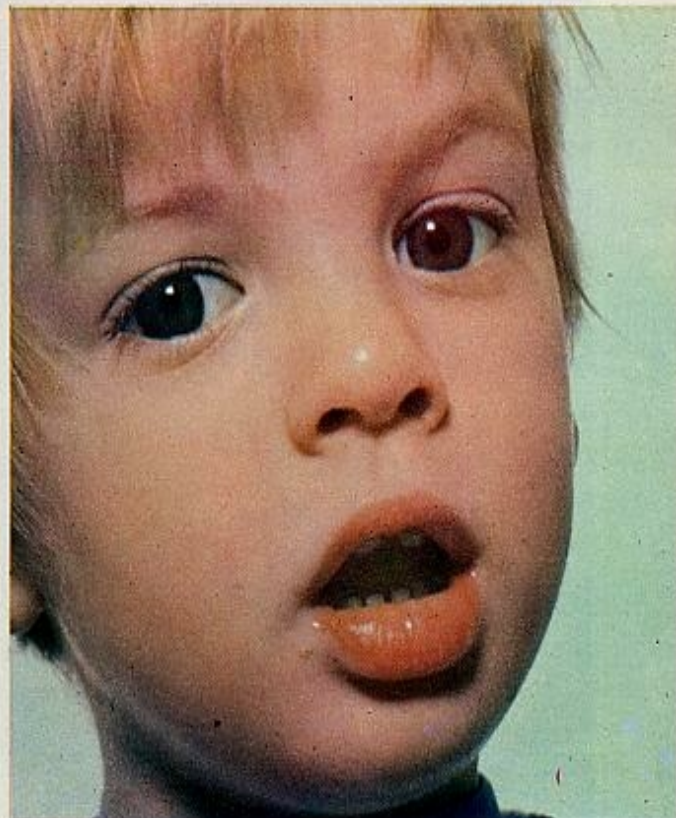
«Una grande y ruidosa confusión». Así es como el psicólogo norteamericano William James describió el mundo del niño. Aunque, al nacer, nuestros ojos están perfectamente formados, los datos visuales que recibimos a través de ellos siguen siendo un misterio. Como no podemos preguntar a un recién nacido lo que ve, de nada estamos seguros. Ahora bien, los psicólogos han realizado experimentos para tratar de descubrir cómo se desarro-



lla en los niños la visión, y cómo, poco a poco, llegan a comprender el mundo que les rodea. En este reportaje se examina cómo el niño va aprendiendo los elementos de un mundo desconocido, desde los primeros días en que toma contacto con él, a poco de abandonar el claustro materno, hasta que, meses después, aprende a situar las personas y los objetos que le rodean de un modo objetivo, independiente de su propia persona.



En los primeros días de la vida del niño, el modo en que éste busca el pezón de la madre nos indica que su experiencia del mundo se basa en lo que le dicen sus sentidos táctiles, así como el olfato y el oído. Pronto esta experiencia abarca también al sentido de la vista. El bebé de la izquierda tiene tres días; sólo se despierta para alimentarse. Poco a poco va ejerciendo el sentido de la vista. Aprende a reconocer el biberón y, a los ocho meses aproximadamente (foto superior), trata de agarrar la botella que se aproxima. A los tres años (abajo), coordina ya la vista con los demás sentidos: oído, tacto...



La cara de la madre: un estímulo visual y táctil

Un bebé puede ver a otro ser humano como un miembro de su propia especie animal, quizá como algo vivo, o, simplemente, como un complejo de estímulos interesantes. La madre del niño —o la persona que más tiempo tiene a su lado— es lo primero que adquiere solidez y permanencia de realidad objetiva en la mente de aquél. El rostro de su madre se mueve, brilla,

tiene color, contorno. Por eso provoca en él mayor respuesta que cualquier otro objeto. No solamente es el rostro de la madre un excitante estímulo visual, sino que puede, al mismo tiempo, palpase, olerse y hasta gustarse. Robert Franz, psicólogo norteamericano, ha llevado a cabo varios experimentos que han demostrado que los niños muestran más interés por las

formas que por los colores y la luminosidad. Y la forma del rostro humano es, con mucho, entre los bebés, la más popular. El niño de las fotografías (cuatro meses de edad) se mostró particularmente interesado por el dibujo esquemático de una cara humana que le presentaron. Aun cuando el bebé tiene edad suficiente para reconocer una cara humana auténtica, en espe-

cial si es la de su madre, se muestra igualmente fascinado por tan primitiva representación de un rostro. Se realizaron diversos experimentos con una niña de pocos meses. Al mostrarle las diferentes cartas de una baraja, la que más le llamó la atención fue el cinco de espadas, quizá porque se asemeja más que las otras al esquema de un rostro humano.



El temprano interés manifestado por los niños hacia las formas y dibujos en general juega un papel importante en el desarrollo de las actitudes y el comportamiento del niño, al centrar toda su atención en estímulos a los que concederá más tarde un significado especial. Cierto psiquiatra cuenta el caso de un paciente que se negaba a que se sentase a su lado en el diván en que éste se hallaba tumbado. El psiquiatra descubrió que, de niño, el paciente tuvo una serie de experiencias desagradables en el regazo de su madre. Obsesa por la limpieza del bebé, se pasaba el día lavándolo. Tumbado en el diván del psiquiatra, el paciente en cuestión recordaba, inconscientemente, aquellas experiencias de su niñez, tan lejana.



La fotografía grande nos da una imagen aproximada de la madre vista por los ojos del niño. Entre los dos y los seis meses, los niños responden a verdaderas desfiguraciones de las facciones humanas. Seguramente, en la realidad, el niño desfiguraría el rostro de su madre (encima de estas líneas, tal como es normalmente) mucho más de lo que la fotografía de la izquierda insinúa.



Una imagen que quedará archivada en la memoria del niño

Se suele comparar el ojo humano con una cámara fotográfica. No es exacto: entre cámara y ojo hay diferencias esenciales. Por ejemplo: el ojo ve una escena, foto de la izquierda, como una sucesión de imágenes tan rápida que al leer uno apenas se da cuenta de ello. Es difícil saber cómo el niño ve su mundo, porque no puede contárnoslo. A los dos años empieza a recordar cosas, pero sus recuerdos sufren distorsiones. El psicólogo tiene que limitarse a observar sus reacciones ante situaciones diversas y deducir de ahí. Puede llegar a tener una ligera idea de lo que, visualmente, interesa al niño; pero

no logra tener una seguridad de cuáles son las reacciones exactas del niño ante lo que ve. Una situación muy frecuente es la que nos muestra la fotografía superior: el niño rodeado por un bosque de piernas de adultos. Esto no llega, seguramente, a molestarle. Sin embargo, la enorme diferencia entre su altura y la de los mayores puede representar una experiencia lo suficientemente significativa como para que la recuerde pasados los años. Otras experiencias similares, que no volverán a repetirse de adulto, son las representadas en las fotos de la derecha: con el paso del tiempo se recordarán luego.





**el niño 'enfoca'
su mundo: solo ve
lo que quiere ver...**

Parece ser que el niño no puede captar al mismo tiempo todos los componentes de una situación. Parece ser que selecciona, aunque inconscientemente, ciertos objetos o personas sobre los que fija su atención. La fotografía de una familia merendando en el jardín ha sido desenfocada a propósito para destacar los objetos que podrían atraer especialmente la atención de un niño que presenciase esta escena desde el sitio en

Próximo capítulo:

El mundo a través de los ojos de un niño (y 2)

Años de formación. Peligros. La presencia reconfortante de los padres. Querer alcanzar la Luna; pero, ¿cuál de ellas? Percepción: visto y no visto. El fin del principio El niño y los animales...



Cuando el niño cumple tres años ha recorrido ya un largo camino desde su nacimiento, desde aquel mundo sin objetos, desde el universo caótico donde las imágenes aparecían y desaparecían como por encanto.

La edad de tres años es importante. El niño experimenta nuevas sensaciones y asimila continuamente. Es una etapa esencialmente organizadora. La imaginación se desarrolla: una cerilla encendida puede ser un mundo, una masa enorme de material imaginativo...



que se hallaba la cámara. Se trata de una selección arbitraria por completo. Quizá la atención del niño se centrara sólo en uno de estos objetos o en otros que no hemos destacado. La madre es el centro del mundo del niño. Sobre todo a la hora de la merienda. Sólo cuando el padre llega de trabajar centra el niño en él su atención. El hermano sentado en la silla no le interesa gran cosa, y es posible que se sienta culpa-

ble por haber roto la taza (al pie de la silla, en el recuadro de color). Es muy probable que el niño se interese también por el perro y por el pastel. Esta selección de puntos de interés le ayuda a construir su experiencia cotidiana.

Textos por SYLVIA MILLAR y CHRISTINE VERITY
Ensayo fotográfico por ROBERT FRESON

© 1968 por PETER S. SCHUB - AGENCIA ZARDOYA. Exclusivo para España de TRIUNFO.